

A C T I T U D E S

CARTA DESDE ESPAÑA A JUAN RAMON JIMENEZ

Por JOAQUIN ALBALATE LAFITA

*Quizás en esta noche
en que la soledad se te haya hecho
como un mar de silencio casi helado,
como un pozo insondable donde las palabras
se irán quedando yertas, cristalizadamente
ajenas a tu vida, tú, Juan Ramón Jiménez,
maestro, casi padre, caminante cargado de nostalgia
por la belleza eterna, por la totalidad desnuda,
hayas sentido desde tu lejanía,
con la fugacidad de un faro lejanísimo,
tanta voz que reclama tu presencia.*

*Nosotros somos jóvenes, acaso demasiado,
y fuimos por tus libros haciéndonos poetas,
poniendo el corazón en cada cosa,
porque tú nos abrías un horizonte intacto,
una distancia para la sed de espacios,
un azul más azul de piedra y cielo.*

*Hasta aquí nos llegaban,
igual que esos objetos despintados
que cada bajamar deja en las playas,
los trozos palpitantes de tu búsqueda
—poemas y noticias—,
de tu peregrinar al fondo.*

*Porque desde Nueva York o Puerto Rico,
tú te comunicabas con nosotros
por invisibles hilos, por misteriosas fuerzas,
por hondas galerías,
con ese centro inmóvil de tu corazón de hombre.
A veces el silencio deshojaba la dulzura
de tu acercarte a todo, de tu purificarlo
con la sangre o las lágrimas.*

*Era como la pervivencia de las rocas
volcadas al océano,
tu estar iluminado frente al mundo,
frente a ese trasmundo donde nada concluye ni comienza,
donde las dimensiones son exactas,
donde se sueña siempre al mediodía.*

*Así estás, te sentimos ahora, ardiendo
en los inmensos ventanales de la ausencia,
ciego por la hondonada en que la soledad se te desploma,
desde una catarata de olvidos y recuerdos
que vienen del amor de muchos años,
del surco recorrido que te embellece el tiempo.*

*Solo estás, como un árbol lanzado a las estrellas,
cuya sombra llegase hasta esta tierra.
Solo, con la memoria de todos los momentos
que obscuramente acosan al retorno,
con todos los latidos que tu sueño percibe
debajo de la noche, como brasas
que traspasan el tiempo.*

*Pero estás con nosotros,
inmaculadamente, en el continuo repetir de cada día,
como la estrella al norte hacia lo puro.*

CANCIONES LENTAS, CANCIONES APASIONADAS

Por DANIEL F. SANTAMARIA

Mujer

Cuando contemplo tu cuerpo extendido
como un río que nunca acaba de pasar.

V. ALEIXANDRE

Paisaje

Llueve...

El agua anda descalza por las calles mojadas.
De aquel árbol se quejan, como enfermas, las hojas.

P. NERUDA

O bruit doux de la pluie
par terre et sur les toits!
Dans ce cœur qui s'ennuie;
o le chant de la pluie!

P. VERLAINE

Misterio

Pasaban cual relieves de un ánfora de mármol
que hiciéramos girar en pos del lado oculto.

JH. KEATS

Palabras...

UNAS son lentas, otras apasionadas. Pero todas están cargadas de tristeza. El poeta es joven y sabe ya contemplar el horizonte con mirada distraída. ¿Sólo el horizonte? Todas las cosas. El poeta sabe que todo tiene su destino y nada está a su alcance. Sonríe. Desea. Y sobre todo, ama. Pero renuncia. Su alargado rostro es el de un santo que teme destruir el mundo sólo con tocarlo.

Cuando desde el principio se tiene la sensación de una inutilidad, el caminar no cansa, se acostumbra uno a ver amanecer el día y a verlo morir; a caminar silbando bajo las estrellas y a entablar amistad con ellas. El hombre se encuentra solo y sabe que sólo él deberá llevar la

carga. Nada pide a nadie. Una incomprensión le atenaza y él, que se cree portador de un grandioso mensaje en su corazón, se ve obligado al monólogo, ese triste monólogo que dirige a su soledad:

Y todo se reduce: Yo, solo, caminando;
ante mí se morirá la tarde.

Pero, pese a sus desilusiones, el poeta sigue, sigue caminando con la mirada fija en aquella colina y se impone a sí mismo aquel punto como una meta de esperanza que luego dejará atrás. Y estas metas se suceden, y su frecuencia produce desaliento en esta alma joven de poeta. Rendido, desarmado, dando saltos, su corazón se detiene:

Yo apoyado en la tibieza del que ya nada espera,
habiendo despachado todas mis ilusiones,
oía a la vida pasar,
como un mendigo ciego en la pared del templo.

El poeta cierra los ojos y prefiere soñar la vida. Soñarla amable, bulliciosa como un estallido de verbena y sus ojos se asombran, sin abrirse, cegados por su resplandor. Es la dulce visión de algún amanecer, o quizá la de aquel lejano país; algún lugar vacío con perfume de muchacha rubia o bien la insistente llamada de una voz interior que suena como un piano en la noche.

Pero la vida sigue y el poeta debe incorporarse a ella; no le está permitido gozar de su interior. Debe tomarla con fuerza y lanzarse a su carrera desenfrenada:

Somos como centauros en estas noches de verano.
Las noches que te ponen un sayo de sudor.
Y caemos, sí, caemos, por callejones inclinados,
bellamente empujados por el vino...

El alma embriagada, ahita de euforia y de entusiasmo, grita:

Ha llegado la hora de ser libre,
de abarcar un paisaje que no quepa en los ojos.

Sin embargo, el poeta deserta. Abandona el grupo, no es hombre de jolgorio. Prefiere cobijarse de nuevo en su soledad:

Sé que sois alegremente despreocupados,
yo no. Cuando os dejo surge una bella música que me rodea,
y me paso al mundo de la serenidad.

Cuando todavía se oyen los ecos de una pobre orgía por las calles, se confiesa cansado:

¡Me canso de canciones!
¡Me ahogo de canciones!
Las nubes son canciones de la noche
y la serenidad...

Y tras esto, el poeta vuelve a su retiro. A su amado retiro. ¿Queréis saber su vida? Su vida es la de sus libros.—J. L. A.

CANCIONES LENTAS

Nuevo despertar

*Era cuando la tarde se perdía detrás de una colina.
Las calles ya encendían su luz porque lentos crespones bajaban desde el cielo.
Yo apoyado en la tibieza del que ya nada espera,
habiendo despachado todas mis ilusiones,
oía a la vida pasar,
como un mendigo ciego en la pared del templo.
Sí, yo había echado a volar mis palomas
y estaba callado en la oscuridad.
Mi mente era una sala silenciosa y tibia,
cruzada por antorchas apagadas.
Y de pronto,
como un niño dormido en la mesa, desperté.
Y la vida era una multitud alegre y desconocida.
Y desperté,
y la vida era una piscina llena de nadadores.
Y desperté,
y la vida era un puerto con muchas velas blancas.
Y desperté,
y la vida pasaba,
y la vida pasaba como un nuevo espectáculo para mí.*

Canción de la soledad

*Sobre la carretera,
se ha derramado el vino del poniente.
Sobre la carretera, solo.
Los árboles tejiendo mil túneles extraños.*

Como un río gigante, se desborda mi pena.
Intangibles, doradas, bañadas en tibieza,
se asoman las montañas tras las hojas.

Va llegando la noche.
Los faros de los coches, ojos de brillo frío,
surgen como recién creados.
Me viene, de momento, nostalgia por el alba.
Lejos, sobre los campos, hogueras que me llaman.
Y todo se reduce: Yo, solo, caminando;
ante mí, se morirá la tarde.

Amanecer

Tu nombre está sonando.
Me está llamando, como
desde la poética distancia del teléfono.

Me araña suavemente.
Me tira, igual que a un ciego
en busca del papel y la pluma.

Fuera, en los cristales empañados,
está vibrando
el camión gris del amanecer.

Mi lecho, como un río revuelto,
se está enfriando poco a poco.

Pero tú me llamas.
Parece que tu voz,
sola en mi cuarto, suena.

En esta madrugada oscura de noviembre
hay alguien que pronuncia tu nombre;
y a la vez, es tu voz la que habla,
y ya no tengo frío.

El otoño

El otoño canta con una suave sonrisa de muchacha rubia.
Tiene la expresión como los ojos de una mujer cargada de fruto.
Desde lejos nos mira, con su cielo alto, dorado, adormecido,
de bóveda de hojarasca, de viento azul que empuja nubes blancas.
En otoño, los valles se llenan de viñedos maduros.
Las montañas humean silenciosamente. Las mañanas
se disfrazan de salidas de misa llenas de sol.
Y la noche con estrellas y estrellas
nos da su mano grande de inmensidad.
Pero yo, en otoño, siento honda pena
de atadura o mordaza
por no saber cantar tu corazón sencillo.
Tu corazón sencillo, como fruto maduro,
con la piel amarilla de recuerdos,
e hinchado con el zumo ardiente de los deseos.

Acompañarte

Aquí, ahora, con tu compañía,
está ardiendo mi corazón.
El viento se derrama por los pinos grises
y juega con tus cabellos.
Estás en la custodia roja del atardecer
y mi corazón se quema como un grano de mirra para ti.
¿Qué podría decirte cuando voy a tu lado?
Una piedra tirada a un árbol lleno de pájaros
concuera con tu cintura.
Cuando me haces volver, cuando te dejas,
parece que se rompen los hilos atados en mi corazón.
Un paseo en barca por un lago,
eso es acompañarte para mí.

Nadadora

A M.^a Pilar González Calera.

Recorriendo el ánfora de tu silueta.
Invadido y cubierto de agua y de pasión,
con los ojos mojados, te veo, nadadora.
Aquí, han venido las flores a tu regazo,
y la vida se pone a latir enloquecida
ante tu risa de cascabel.
Cortas la esmeralda del agua.
Una escuadra de peces plateados
te siguen sobre la geometría pura de la piscina.
Brotan las rosas por toda la superficie donde pasas.
La escalera de colores da en ti su claridad más blanca.
El sol se ha vuelto negro contemplándote.
Yo predigo tu porvenir, con una tristeza infinita;
porque tú también eres infinita, como el amor.
Y si intento coger un puñado del agua
resbala por mis manos como tú.

Bailarina

En la sala grandiosa de la inmensidad,
tañían los ríos su canción para que tú bailaras;
pero al bailar, te transformabas en música
y una voluta de humo quedaba en cada uno de tus giros.
¡Cómo pude seguirte con mis ojos en tu viaje por las estrellas!
Pero el tiempo ha pasado con un loco volar de reflectores.
En el cielo ha brillado muchas veces tu luz como una nuevísima constelación.
Ahora atardece. La estela de los barcos deja escrito tu nombre.
Tu traje de espirales todavía acaricia mi corazón.
Bailarina divina, yo pronuncio tu nombre
y giras y giras por todos mis pensamientos.

Estación del atardecer

Muchacha rubia,
 cuando se pasa un túnel
 ruge el tren
 y se enlazan las manos en la sombra.
Muchacha rubia.
 Estaciones del anochecer
 y voces en el relieve del aire.
 (Densidad, vibración,
 cálida multitud
 por el oscuro andén).
 Hay gritos que venden las naranjas
 simplemente.
 (Pero cierras los ojos
 y hay sendas de cipreses,
 naranjales en sombra,
 el cielo azul, y sientes
 que el viento está dejando
 un rastro de dulzura).
Muchacha rubia,
 tu asiento se ha quedado vacío
 y el vagón es oscuro.
 Siento que se ha apagado
 algo dentro de mí.
 Sale el tren.
 Estación del atardecer.
 Hay palacios dormidos
 guardados por guerreros
 con lanzas de palmeras.
 Vuela el tren. Vaga luz.
 ¡Muchacha, te recuerdo!

Lejano país

En los días sombríos en que el sol no aparece,
vuelvo sobre mi infancia.

Mi infancia, difuminada y radiante:
un lejano país batido por las olas del recuerdo.

Entonces miraba los resortes de los juguetes
y me tendía sobre la losa desnuda de la noche, sobrecogido.

Era mi infancia intoxicada y ardiente,
dolorida y atormentada,

pero salpicada de cascadas bulliciosas,
de remansos, de prados

y manzanas caídas en el rocío.

Era cuando las tapias y los animales
hablaban desde mi corazón,

cuando los libros concentraban su sabiduría misteriosa,
llena de sombra y polvo;

cuando con las últimas hilachas de luz
se agitaba el cielo como una campanada;

cuando la noche se llenaba de aparecidos

y el ver una montaña comunicaba

un latigazo de lejanía y un escalofrío de libertad.

Era una dulce danza de diosas entre los rosales.

Pero ahora todo ha empalidecido.

Hay una venda gris en mi mirada

y nieva indiferencia sobre mí.

Canción de tu ausencia

Sobre las sendas verdes, en el centro del sol,
coronada de campanarios,

eras todo el verano palpitante de amor.

Cuando atardecía, brotaban las antorchas de tus besos.

He aquí un banco, rosado, porque te sentaste en él.
 Sobre la piedra persiste el perfume de tu cuerpo,
 pero intento acariciarte y has desaparecido.
 ¡Todo ha desaparecido!

La rabia del amor llena de lágrimas mis labios.
 ¿Por qué te has hundido en la noche de la lejanía?
 Tu ternura rebozaba las cosas con una luz de estrellas, de alas o de azucenas.
 En estos instantes, te recuerdo acompañándote a tu casa.
 Las calles estaban borrachas de luz.
 Parecía que de los edificios brotaba una sensación
 cálida, de nido, de leche derramada.
 Te has ido. Cuando contemplo un lago,
 creo ver tu figura brotando desde el fondo.
 Otras veces sueño que vienes desde el mundo de los espejos.
 ¡Pero te has ido! Un viento frío recorre la ciudad.
 Un escudo de plomo se extiende sobre el cielo.
 Ningún pájaro queda en los árboles enfermos.
 Las montañas se han llenado con la tristeza de la soledad.
 En este banco donde te sentaste me entrelazan las sombras
 no dejándome levantar.

Te has ido y ya no volverás.

Canción de la fatalidad

Desgarrado por las máquinas,
 te he buscado en los libros.
 Sobre mí han caído los latigazos de mi instinto.
 Te he buscado, te busqué, pero perdí el camino.
 Giraba sobre ti y no pude encontrarte,
 ¿qué culpa tengo yo? y tú, ¿qué culpa tienes
 de que ahora te asomes por mis ojos?
 Praderas y praderas esmaltadas de flores.
 Camino primaveral en donde todo reverdece.

Hay mucha luz, cantan los pájaros
pero sé que se acerca la noche.
Estoy triste, pero tú, no llores.
Eres como una palmera joven ante un cielo azul.
¡Y no quiero que llores!
Mira pasar los pájaros en su vuelo hacia el sur.
Mira el sol retirarse
poco a poco como un caracol rojo.
La brisa va a callar.
Pon tu mano en mi hombro.
Pasa tus dedos fuertes por mis cabellos.
Pon tu mano en mi boca y entonces, bésame
que es hora de partir.

Las calles y la niebla

Turbios giros de pájaros por dentro de las copas
me dicen que el silencio está cuajado en niebla.
Mi corazón de sangre, pequeño árbol simbólico,
llora como acordeones perdidos en los puertos.
Empañadas botellas. Verdes mundos inquietos.
La fiebre de la noche sale del vino y canta.
¡Callejas sin destino! ¡Fantasmas de la ausencia!
Yo os recuerdo, os recuerdo y me alejo soñando.
En los sucios rincones vagan risas brumosas.

CANCIONES APASIONADAS

Libertad

Ha llegado la hora de ser libre,
de abarcar un paisaje que no quepa en los ojos.
He tomado un camino, y piso fuerte,
sacudiendo el suelo, para que se desprendan las tinieblas.
Se agrupan temerosos todos mis compañeros
y huyen de mí aterrados.
Estoy desafiando la frialdad de las estrellas.
Frente a un tilo gigante, reflejo de la luna,
me detengo a pensar:
«Aunque este anfiteatro que abrazan mis sentidos es pequeño,
brilla la inmensidad del cielo frente a él
como en cualquier rincón del mundo».
¡Vosotros, vosotros sois como árboles esqueléticos
que tremoláis llenos de frío como una bandera desgarrada!
¡Como viento impotente para arquear el agua que está helada!
Mis queridos amigos, únicos compañeros de mis pasos
(que abundan más y más, para asomarse a una contranaturalidad),
yo, me veo desaparecer.
¡Oídme, compañeros!

Canto de la disipación

Somos como centauros en estas noches de verano.
Las noches que te ponen un sayo de sudor.
En las que todos, cogidos de los hombros,
por estrechas callejas de mal ver,

atropelladamente andando,
cantamos, sí, cantamos,
si no rodamos por el suelo para quedarnos quietos.
Somos como un gran ramo de juventud,
todavía sin marchitar, caídos en medio de la basura.
Las mujeres son planetas desconocidos,
excepción hecha de las que se arrastran.
Somos como un rayo de sol que alumbra las casas tenebrosas,
y hasta en las guaridas de las furias se alegran con nuestras palmas.
Las coronas de hiedra (el símbolo de Baco)
que cubren nuestras testas, son un adorno siempre preferido
a la corona de laurel.
¡Hermanos, mis hermanos!
El espíritu perfumado de la noche, lleno de poesía
buye espantado de nuestros bedores.
Y caemos, sí, caemos por callejones inclinados,
bellamente empujados por el vino,
pero juro, que nunca nada nos hizo retroceder.
Sé que sois alegremente despreocupados,
yo no. Cuando os dejo, surge una bella música que me rodea.
Y me paso al mundo de la serenidad.
Yo os quiero agrupar
para que cuando pase esa ronda a cortejarme
rompamos a reír groseramente.
Formemos una muralla de pechos jóvenes.
Cogidos de los hombros, marchemos a esos barrios.
Que la noche, no sea nocturno, sino borrachera.
Y húndase la buena música a los gritos de nuestras gargantas.

Confesión

Aquí estoy yo con la palabra mágica.
Escucha del pecado y lector de la Iliada.
La palabra es verano, pero soy
un verdugo de mi mismo.

Gozo sufriendo. ¡Te confiesas!
 Está bien. ¡Verano!
 Dulzura de las nubes blancas,
 tendidas en la noche de luna;
 caerte sin palabras, pues la belleza deja
 un angustioso deseo de cantarla.
 Pero canciones. ¡Me canso de canciones!
 ¡Me abogo de canciones!
 Las nubes son canciones de la noche
 y la serenidad (serenidad, caerte sin palabras
 contemplando a la luna, la luna que es un vals).
 Verano, noche, canciones, luz, serenidad.
 ¡No quiero confesiones!
 ¡Cierra la boca! ¡que sangran mis oídos!
 ¡Cierra la boca! ¡que caigo sin palabras!
 ¡Llorando! ¡Sin palabras!

Última canción

Abora estoy triste.
 Hoy tuve un bello sueño.
 Recuerdo algún poema
 que hablaba de algo extraño.
 De gente en los andenes,
 despidiéndose bajo la lluvia,
 pero no sé...

Ya no recuerdo bien...
 Ahora estoy triste.
 Soy como un caminante
 dando vueltas en una ciudad abandonada.
 Y sin embargo,
 hay algo que aletea
 y me llena de amor.
 Hoy tuve un bello sueño.

*Soñé que me marchaba al Sur
y las noches de mayo ya no estaban vacías.*

*Es verdad, estoy triste,
pero...
una bandera azul
flota sobre las ruinas.*

